

pensaba seriamente en ser émulo de tu felicidad.

Cuando tu director se preparaba á darte la absolucion, y te hizo aquel discurso tan tierno y cristiano, figurándote abrazado con la cruz, y pronto á recibir la sangre del Cordero con que iba á purificarte de tus culpas, no pudo contener sus sollozos, y se deshizo en un largo y abundante llanto. Cuando tú describes el memorable instante, en que estando postrado á sus piés y cosido con la tierra, tu confesor pronuncia en nombre y con la autoridad de Dios las santas y divinas palabras, exclamó con un suspiro que le salió de lo íntimo del pecho: ¡Ah! ¡cuándo llegará para mí dia tan venturoso! Lo mismo sucedió cuando leimos el momento de tu comunión; en fin, á cada paso, á cada instante de nuestra lectura, Teodoro la acompañaba con expresiones muy tiernas y fervorosas.

Tampoco pude yo dejar, amigo, de enternecerme cuando llegamos al pasage en que haces memoria de mí; pero cuando ví que deseabas que fuese á vivir en tu compañía, y cuidar de la educacion de tus hijos; sobre todo, cuando llegué á la carta que me escribes, y en la que directamente hablas conmigo, mi turbacion fué extrema. Quise decir alguna cosa á Teodoro con el fin de hacerle conocer mi incapacidad para un oficio tan elevado y tan difícil como el de dirigir almas de jóvenes, y añadir á la necesaria instruccion el cuidado de conducirlos á la virtud; pero Teodoro me atajó diciéndome: No

te digo nada hasta que acabes de leer la carta que te escribe, y que tengas tiempo de reflexionarla. Yo hice esfuerzo para someterme: la leí toda; y despues de haberla acabado le dije:

¿Puedo ya decirte lo que me parece? Sí, me respondió. Pues bien, amigo, le volví á decir: El cielo no pudiera presentarme una ocasion mas grata, ó que me fuera mas dulce, que la de ir á vivir y morir con un pariente que amo y un amigo que estimo. ¿Qué pudiera serme mas útil que concurrir á sostener su nueva vida, y sacrificarme yo mismo, contribuyendo á su santidad y la de su familia? ¿Qué pudiera serme mas agradable, que hacerle un servicio tan importante como encargarme de la crianza de sus hijos, y cultivar dos tiernas plantas para Dios? Pero, Teodoro, tú sabes que yo no he hecho sino los estudios comunes, que no he aprendido sino lo muy preciso para el desempeño de mis obligaciones. Los hijos de un hombre tan distinguido como nuestro amigo, que presto se verá en disposicion de aspirar á los primeros empleos del estado, ¿pueden fiarse á la enseñanza de un hombre tan poco instruido como yo?

La educacion es un grande arte, una ciencia acaso mas difícil que otra alguna. Los primeros hombres de todos los tiempos se han dedicado con el mayor esmero á escribir sobre ella, á dar reglas, á prescribir documentos. Aun entre los mas ilustrados hay pocos capaces de desempeñar bien esta

confianza; porque yo supongo que la instruccion es lo de ménos, y que lo esencial es inspirarles el amor del bien, y encaminarlos á la virtud, sobre todo á la virtud propia de su estado, y particularmente á aquellos que por su fortuna y nacimiento nacen, digámoslo así, destinados á mandar á otros hombres.

¿Y qué puede saber de esto un pobre eclesiástico como yo? Mi vida ha sido siempre obscura y retirada; jamas he puesto cuidado ni dirigido mis atenciones á objetos de esta especie, y no es posible saber lo que no se ha aprendido ni meditado. Si nuestro amigo me desea para cualquiera otra cosa en que yo conozca que le puedo ser útil, al instante volaré á servirle; pero para ayo de sus hijos, para dar educacion á dos niños que presto se verán en el caso de obtener empleos distinguidos, este es un encargo muy superior á mis luces.

Yo fuera indigno de tan alta confianza, si abusara de la prevencion que muestra en mi favor, si no resistiera á una instancia que me lisonjea tanto, y no me perdonara á mí mismo la bajeza de no haberle desengañado. Teodoro me dejó acabar sin interrumpirme; y cuando vió que callaba, me dijo: ¿No tienes mas que decirme? ¿Y qué mas quieres, le respondí yo? ¿Qué queda que decir al que dice que no debe admitir una ocupacion, porque no puede desempeñarla bien?

No te toca juzgarte á tí mismo, me volvió á re-

plicar Teodoro. Confieso que esta es una ocupacion muy laboriosa; que un hombre encargado de la conducta y crianza de dos niños no tiene un instante suyo; que todos sus momentos deben estar empleados con la mas activa vigilancia, no solo para estorbar los continuos peligros á que se aventura su incauta edad, sino para que sigan el incesante y alternado curso de sus estudios, y mas aun para no dejar que se acompañen con quien pueda corromper la inocencia de sus corazones.

Pero no creo, Mariano, que la idea que tienes de lo penoso de este ejercicio, sea la razon que te estimula para no aceptarle. Me parece que tú harías á Dios este sacrificio, si creyeras que con él le agradabas. Tú haces otros que no son mas fáciles, y sin duda no rehusarias este que puede ser tan útil. Lo que te detiene es la desconfianza de tí mismo, el temor de no poder desempeñarle bien, y la idea de no hallarte propio para tan alto encargo.

Yo no quiero hacerte mas que una reflexion. Si nuestro amigo fuera lo que ha sido; si te lo propusiera un padre que viviendo en el mundo quisiera que los educaras para el mundo, concibo que, fuera de otras razones que pudieras alegar para excusarte, tendrías tambien la de no considerarte apto para ello; porque para la frívola y afectada educacion del siglo, es menester tener y enseñar ciertas futilidades de que tú careces; pero, Mariano, ¿no sa-

bes lo que es menester saber para enseñar á dos niños á ser cristianos?

Si no fuera mas que eso, le dije yo, quizá lo aceptaria sin embarazo, porque á Dios gracias he procurado aprender bien mi Religion, y espero que en esta parte no sería inútil mi desvelo; pero. . . Dime, amigo mio, me interrumpió, ¿tienes algun motivo que te detenga en la ciudad? ¿algun negocio en que tu presencia sea necesaria? ¿alguna persona cuyo comercio te sea agradable, y cuya falta produjera un vacío en tu corazon? Explicate con franqueza.

Yo no tengo, le respondí, ningun negocio que me pueda detener. Desde que abracé el estado eclesiástico, supe que no debía ingerirme en ninguno. Contento con mi renta módica, pero suficiente para las necesidades á que me he ceñido, no deseo mas, ni aspiro á otra cosa. Amigos no me faltan; pero yo prefiero á todas las amistades la de Dios, y para obtener esta no hay ninguna que me pueda detener. Pues siendo así, me volvió á decir, es imposible que resistas á las recomendables solitudes de un padre que implora para sí mismo y para sus hijos los oficios de tu amistad.

Te confieso, amigo, que no me rendí todavía á sus instancias, y que duró mucho tiempo nuestra disputa. Teodoro diversificaba sus razones. Me expuso todo los motivos que le parecieron capaces de persuadirme; pero yo me mantenía constante, en-

terrándome siempre en el conocimiento de mi insuficiencia; y viendo que no podia ganar nada conmigo, se quedó largo tiempo suspenso y pensativo; bajó los ojos al suelo con ademan de meditar profundamente: yo tambien me quedé silencioso, procurando armarme contra sus persuasiones.

Esta recíproca suspension duró algunos minutos; pero al fin Teodoro levantó la cabeza y me miró con ademan muy notable y decidido; yo ví en su persona un aire tan magestuoso y respetable, que me inspiró una especie de veneracion. Su fisonomia se revistió de una agradable severidad. Me pareció que sus ojos resplandecian con un fuego que nunca habia visto en ellos; los fijó sobre los míos, que con tímida vacilacion aguardaban lo que iba á decir, y despues de alguna pausa, con voz dulce, pero firme y asegurada, me dijo: En vano te resistes, Mariano; es preciso ceder á los decretos del cielo.

Un oráculo que fuera inspirado, no pudiera pronunciar ó descubrir los secretos de la Providencia con tanto decoro y magestad. Te aseguro que estas pocas palabras me penetraron, me asombraron y aturdieron. El corazon me dió un vuelco. No sabia qué pensar ni qué decir; pero mi turbacion fué mayor cuando despues me añadió: Dime, Mariano, ¿quién es el que condujo á nuestro amigo á ese convento? ¿Quién le preparó tan santo y tan celoso director? ¿Quién le abrió los ojos y le ha

traído á la Religión y á la virtud? ¿Quién le inspiró escribirme estas cartas que hemos leído? ¿Y te parece que yo las hubiera leído, si contra mi costumbre y á pesar de todas las apariencias, muchas circunstancias no me hubieran determinado?

¿No observas que para que yo las leyese, era menester que viniesen de la mano de un amigo? ¿que hayan venido unas despues de otras, de modo que empeñasen mi curiosidad? ¿Las hubiera yo leído si hubieran venido juntas, ó si hubiera sabido de lo que trataban? ¿Y las hubiera leído aunque sucesivas, si me hubieran llegado cuando estaba en mi casa? ¿Podía haber hallado tiempo para leerlas, cuando no le tenia para mis no interrumpidos devaneos? Ha sido menester que me hallasen en palacio, de donde no puedo salir, y en donde tengo mas tiempo para leer.

Observa tambien cómo la Providencia ha conducido mi corazon en la lectura de estas cartas. Las primeras me hicieron reir, y me pareció que podía divertirme con las otras. Las siguientes me inspiraron la curiosidad de saber cómo podria aquel director desempeñar la atrevida promesa de probar con evidencia verdades que yo tenia por ridículas. ¿Y quién es el que ha juntado todas estas circunstancias? ¿Quién ha dado el ser á estas combinaciones? Considera todo lo singular y extraordinario que hay en la simultánea conversion de tres mons-

truos, contando á Manuel, y dime, ¿quién puede ser el autor de estos prodigios?

Yo le respondí, que visiblemente era Dios: y él volviéndose á revestir de mucha dignidad, como si le inflamara una sobrenatural inspiracion, me volví á decir: Pues bien: ese mismo Dios que ha echado una ojeada de commiseracion sobre nosotros, quiere que tú sostengas á nuestro amigo, y le ayudes á cuidar de su familia, y de la educacion de sus hijos.

No te acobarde tu nimia timidez. El que ha conducido acontecimientos tan extraños, sabrá dirigirte en la vocacion á que te destina. Yo por mi desgracia entiendo poco sus arcanos, porque nunca he andado sus caminos, y desde luego me reconozco indigno de hablar de ellos. Me parece que tu confianza fuera presuntuosa si te fiaras en tus propias fuerzas, si te apoyaras sobre tus talentos adquiridos; pero que si confias en Dios, si no lo emprendes sino por seguir la senda que te muestra, y si le pides que te ayude con su gracia, puedes esperar que su luz te ilumine. Y sobre todo tú enseñarás á tus pupilos á ser cristianos; pues el que sabe ser cristiano lo sabe todo, ó sabe todo lo que es menester que sepa.

Teodoro me dijo esto con tal elevacion y tal aire de superioridad, que yo estaba confundido y no sabia qué responderle. Al fin despues de alguna reflexion le dije: Te vuelvo á repetir que nada de-

seo mas que servir á Dios y ser útil á los hombres; que la compañía de nuestro amigo y el cuidado de su familia me serian muy agradables; y que si él no me propusiera la educacion de sus hijos, para lo que me reconozco incapaz, no hubiera tardado en aceptar su proposicion, y al instante hubiera volado á acompañarle y servirle con mi persona y facultades.

Ahora te añadiré lo que no te habia dicho, y es que ha mucho tiempo que deseo salir de esta populosa capital, en cuyo tumulto es casi imposible vivir consigo, ni vivir con Dios. Obligado en todos momentos á ceremonias de parentesco y amistades, interrumpido á cada instante por ociosos importunos, y por consiguiente forzado á perder mucho tiempo en frioleras inútiles, hace dias que deseo y busco un retiro en que pueda consagrar á Dios el último tercio de mi vida. Mira pues cuántas razones tengo para preferir la casa de un amigo, que ya desea vivir con la modestia y Religion que yo pudiera desear.

Pero la idea de una educacion es tan alta á mis ojos, y yo estoy tan léjos de poder alcanzarla, que no debes hallar extraño mi temor. No obstante, déjame consultar con Dios uno ó dos dias, y te responderé. Reflexiónalo si quieres, me respondió; y cuanto mas lo reflexiones, mas verás que esta es la voluntad del cielo. Su mano anda entre nosotros. Observa tambien como te preparaba con estos deseos de retiro para el instante en que debia

escribirte nuestro amigo. Reflexiónalo, pues; pero no olvides que es Dios el que te llama.

Al otro dia por la mañana fui á consultar á m, confesor, sujeto distinguido por su ciencia y virtud y le propuse las circunstancias en que me hallaba. Su respuesta fué: Vamos á decir misa, pidamos uno y otro á Dios que nos alumbré con su luz divina, y despues conferirémos. En efecto, despues de haberla dicho nos volvimos á juntar, y ve aquí lo que me dijo: He pedido al Señor encarecidamente que nos inspire una resolucion que sea de su gloria. He pensado con la mas seria atencion lo que me habeis expuesto, y despues de muchas reflexiones no veo nada que os deba estorbar el admitir el encargo que se os propone, y veo muchas razones poderosas que os deben determinar.

Aquí no teneis ninguna obligacion que os fije, ningun motivo particular que pueda deteneros. De-seábais ya separaros del ruido y embarazos de esta numerosa poblacion: estábais en ánimo de buscar un retiro en que servir á Dios sin distraccion. En esta circunstancia os llama: ¿quién? Un pariente, un amigo, un hombre que ha vivido en el desorden, que Dios ha convertido y que ya desea acogerse al sagrado de la virtud y al asilo de la penitencia. ¿Y para qué os llama? Para acompañarle y sostenerle; oficio de caridad, oficio dulce, que al mismo tiempo alimentará tambien vuestra propia devocion. ¿Qué mas quiere de vos? Que le

ayudeis á poner en órden su familia. Es difícil que lo pueda hacer por sí solo. Vos debeis pues este servicio á su confianza.

Es verdad que tambien desea que os encargueis de la educacion de sus hijos, y que os juzgais poco idóneo para este encargo; pero vos mismo me habeis dicho, que este padre que os llama, está recientemente convertido. Debeis pues suponer, que lo que desea es dar á sus hijos una educacion cristiana. En este caso, ¿por qué no podréis darla? ¿Y por qué no esperais que Dios os ayudará? Seria nimia timidez, y desconfianza excesiva creer que no podréis enseñar á dos niños la Religion, el temor de Dios, el amor de la virtud, y los ejercicios y prácticas que pueden formar un cristiano religioso y timorato.

Si su padre quiere darles otros conocimientos propios de caballeros, y debidos á la educacion general de las personas de su clase, que los proporcionan á empleos de su gerarquía, ya sabe que vos no los teneis, y pues es rico, hará venir otros maestros que se los enseñen. Entretanto vuestra ocupacion será no apartaros de ellos, estar siempre á la vista, y embarazar que se les diga ó enseñe nada que pueda viciarlos, corromper su inocencia ó debilitar los principios que les procureis inculcar. Así vuelvo á deciros, que no veo nada que os pueda impedir el aceptar esta propuesta; y que por el contrario veo que con ella podeis lograr vuestros de-

seos de retiro, la satisfaccion de un amigo, su perseverancia en la virtud, el arreglo de una familia, y la educacion cristiana de dos niños.

A medida que este sabio y prudente varon me iba desenvolviendo sus razones, una cortina se descorría delante de mis ojos, y la luz me iba penetrando por ellos hasta lo mas profundo de mi corazon. Al instante todas mi dudas se desaparecieron, todas mis nieblas se disiparon, y yo me sentí determinado á venir á buscarte. Aquel dictámen me pareció luminoso y seguro. Mi ánimo perturbado se sosegó, y ya no pensé mas que en los medios de responderte, y poner mi viaje en ejecucion.

Volví la misma noche á la hora acostumbrada á ver á Teodoro. Desde que me vió, me dijo: Y bien, Mariano, ¿á qué te has decidido? A seguir, respondí yo, la vereda que el cielo me presenta; á partir y entregarme á la conducta de la Providencia. Teodoro me abrazó con muchas señales de satisfaccion, y me añadió: Mira como yo te lo habia vaticinado. No era posible que resistieras á la inspiracion. Todo esto viene ordenado por una mano superior que nos ha mirado á todos con bondad. Dichoso tú que vas á ser la felicidad, y á contribuir á la salvacion de una familia que Dios quiere conducir al cielo por tí y contigo. Pídele que tambien me dirija y me saque de estas incertidumbres y congojas en que fluctúo. ¿Y cuándo piensas ir? Yo puedo partir muy presto, respondí, si esto te

parece conveniente. Ningun negocio me ocupa, y mi equipage no es grande. Lo único que pudiera embarazarme son mis libros; pero los dejaré en casa de un amigo con encargo de remitírmelos despues. Y como si la Providencia lo arreglara todo, ayer he sabido que el mas íntimo de mis amigos está destinado para ir á la América con una importante comision, y que debe partir de aquí á tres dias. Debe pasar por el lugar en que reside nuestro amigo, y no dudo que me lleve en su coche. ¿Te parece que me aproveche de esta ocasion? Si, me respondió Teodoro; y yo la miro como disposicion del cielo. Nuestro amigo te espera con impaciencia, y de este modo le darás tambien el placer de la sorpresa.

Le volví á decir: ¡Pero tú, Teodoro, qué es lo que piensas hacer! En las disposiciones que te veo, me parece que no estás léjos de tomar un buen partido. ¿Cuál es pues tu resolucion? ¡Qué sé yo! me respondió. Los impulsos mas vivos de mi corazon son volar á ese convento en que ha estado mi amigo, y arrojarle todo entero entre los brazos de aquel santo director; pero hasta ahora he sido esclavo de mi empleo, y no he tenido libertad. Por otra parte ya habrás observado que nuestro amigo en todas sus cartas no dice el nombre del convento ni el de su director; y como me impuso la ley de no escribirle hasta que me avisase, no se lo he podido preguntar.

¿Cuándo se acaba tu cuartel, le pregunté? Y me respondió: De aquí á ocho dias. Pues siendo así, le volví á decir, me ocurre una idea para componerlo todo. Yo esperaré á que tu servidumbre se acabe, y entónces podremos ir juntos. Con esto darás á nuestro amigo el gusto de que te vea; al mismo tiempo te informarás de lo que deseas saber, y desde allí podrás ir al convento. No, me respondió Teodoro: yo no quiero ver á nadie ántes de haberme desembarazado de la única inquietud que ocupa ahora todos los instantes de mi vida.

Me parece que es mejor esta otra idea. Tú partirás de aquí á tres dias, y con esto nuestro amigo tendrá mas presto el consuelo que espera. Tú le contarás con extension todo lo que ha pasado entre nosotros. Yo no pudiera hacerlo sino con mucho trabajo, y nunca tan bien. Tú le pedirás que sin perder momento me escriba el nombre del convento y el de su director, y que me remita una carta de recomendacion para él. Yo me detendré muy poco despues que concluya mi servidumbre, y aprovecharé los primeros momentos de mi libertad para ir á buscarle. Despues de haber cumplido con este primero y mas urgente deber, iré á veros, os hallaré juntos, y pasaré en vuestra compañía algun tiempo con mas sosiego. ¿No te parece bien este pensamiento? Muy bien, le dije: y yo voy á ejecutarlo por mi parte: en efecto, salí de allí. Mi amigo D. Antonio me ofreció un asiento en su coche;

dispuse todas mis cosas para el viaje; me despedí por la última vez de Teodoro; nos pusimos en marcha; y heme aquí para siempre contigo.

Esta fué la relacion de Mariano. Discurre, amigo mio, ¿con qué placer, con qué interes escucharia un discurso en que todo es felicidad para mí? Pero qué puede ser comparable con el gozo de saber que Dios se ha dignado tambien de iluminarte? ¿Que la misma luz con que me alumbró en las espesas tinieblas de mi ceguedad, por medio de mi ángel tutelar, se ha extendido á las tuyas? ¿Que te haya hecho conocer la verdad, y lo que aumenta mucho mi satisfaccion, que se haya servido de mí para instrumento de tanto bien? ¿Teodoro, una felicidad tan grande no puede caber en mi corazón! Yo le doy gracias, y se las daré toda mi vida de lo mas íntimo de mi alma.

Haces muy bien en dirigirte en derecha al convento, y no malograr un instante para tan saludable operacion. Pero qué delicioso momento será el mio, cuando te vea de vuelta, y cuando teniéndote en mis brazos pueda decirme: Ve aquí mi amigo, qué ya lo es de Dios; mi Teodoro, que ya está reconciliado con la bondad divina, y que confio es y será vaso de misericordia, que va á servirle conmigo, y de quien ni aun la muerte me podrá ya separar, pues nos juntaremos en el cielo á bendecir eternamente á ese Dios, nuestro Padre, á quien debemos tantas misericordias!

Con esta encontrarás la carta que te incluyo para mi santo confesor. El sobreescrito te hará conocer su nombre y el del convento. Anda, amigo, y verás que no te he exagerado nada. Es un ángel en la tierra. En aquella santa casa hallarás otros muchos que te moverán al respeto y veneracion. Tú te asombrarás como yo, porque no tienes idea de tanta virtud. Esos santos solitarios se esconden á los ojos del mundo, que no los quiere ver, y solo viven para Dios. Tambien encontrarás allí á Simon, y á propósito de este te voy á referir un nuevo beneficio de la bondad divina.

Al mismo tiempo que te estaba escribiendo esta carta, recibo una de mi santo director, y me dice en ella que ya pensaba en despedir á Simon para que volviera á servirme, porque habia acabado sus ejercicios, y recibido los divinos sacramentos con edificacion y fervor; pero que este habia ido á decirle que Dios le inspiraba se quedase para siempre en aquella casa con título de sirviente para servir á la comunidad. Que alabando sus designios y deseos de consagrar su vida al Señor, le habia representado, que en asuntos tan importantes era menester ir despacio, y proceder con madurez para asegurarse de la vocacion, y no fiarse en un fervor pasajero, que podia nacer de sus circunstancias actuales.

Que le habia aconsejado se tomase tiempo para probarse á si mismo: que empezase por volver á mi

casa para darme cuenta de todo, y consultarme esta resolucio[n]; porque no era regular ni justo que la tomase sin mi permiso y aprobacion. Que si yo lo tenia á bien, y si de aqui á tres meses él se mantenía en el mismo propósito, entónces podia volver, y que mi director se empeñaria en que el superior y la comunidad le recibiesen; porque entónces su constancia haria ver á todos, que aquella era una inspiracion del cielo, y no el movimiento de un fervor transitorio.

Que Simon habia manifestado en su semblante, que no le agradaba esta respuesta: que habia insistido diciéndole, que no dudaba que yo aprobaria su resolucio[n]: que su servicio no me era indispensable, pues yo tenia otros muchos criados que podian suplirlo, y que cuando lo fuera, estaba persuadido que yo sabria hacer el sacrificio por dejarle en libertad de hacer penitencia de sus muchos pecados. Que él le aseguraba de nuevo, que su deseo no era un fervor del momento, pues esta idea le seguia desde que habia entrado en los claustros, y visto la vida santa de aquella comunidad; y que en fin, le volvió á rogar con mucha instancia le apoyase en esta pretension.

Que mi director le volvió á decir, que le parecia indispensable darme cuenta de su resolucio[n] ántes de empeñarse á nada; porque este era un deber de obligacion y gratitud. Que si Dios era verdaderamente el que le llamaba, de aqui á tres meses ten-

dria la misma intencion, y mas facilidad de conseguir su deseo. Que tres meses se pasaban presto, y que era menester ceder á motivos tan prudentes.

Que á pesar de tan justas instancias, Simon no habia quedado ni satisfecho de ellas, ni contento de tanta dilacion. Que despues habia ido á hablar con el superior, y repetirle las mismas súplicas: que este le respondió del mismo modo que mi director; pero que Simon no se ha sesegado con esto, y que ha sabido interesar de tal manera á algunos de aquellos virtuosos padres, que el superior á sus ruegos le ha mandado darme cuenta de todo para informarme y pedirme mi permiso. Mi director me añade que la comunidad no quiere hacer nada sino con mi gusto y aprobacion; que desea saber si tengo algun motivo para desaprobacion las intenciones de Simon, y me asegura que no pasará á nada sin saber que son de mi agrado.

¡Qué dices, Teodoro? ¡qué dices de este nuevo beneficio de la piedad divina? No puedes haber olvidado el abuso que hemos hecho de sus talentos; los abominables empleos que hemos dado á su destreza y agilidad. Yo hubiera debido ocuparme toda mi vida en dirigir á la virtud á un hombre de quien abusé tanto para hacerle instrumento de mi perdicion y de la suya; pero Dios me quita este cargo inspirándole una resolucio[n] decidida, en que solo me deja la envidia de no imitarle en su peniten-

cia, cuando contribuí tanto á la necesidad que tiene de hacerla.

Voy á escribir al padre y significarle cuánto me edifica y complace el buen deseo de Simon. Que no solo le apruebo y consiento con toda mi alma, sino que lo unico que me affige, es no estar allí para darle mil abrazos, y pedirle perdon de las culpas que le he hecho cometer. Que me encomiende á ese Dios que va á servir, y que nos trata á todos con una bondad tan inmensa como poco merecida. Tú le verás, Teodoro. Procura sostenerle en sus santos deseos, y hacerle conocer que ahora es cuando merece toda nuestra amistad y estimacion.

Anda, pues, querido Teodoro; anda, y que el Padre de las luces, de quien descende todo bien, te conduzca sobre las alas de su proteccion á ese santuario de virtudes, á ese asilo de la Religion, en que se adora su santo nombre, y se vive de su amor. Abre tu corazon sin reserva á ese ministro suyo que ha destinado para instrumento de tantas resurrecciones, y que la tuya no sea la última. ¡Ah, si el golpe de luz que nos alumbró llegara tambien al infeliz Eduardo! Esta es la espina que todavía atormenta mi corazon; pero yo espero mucho en su misericordia. El que supo enternecer el mármol de mi pecho; el que á pesar de mis muchas iniquidades se dignó de echar una ojeada favorable sobre mí, no se olvidará del que no puede ser tan inicu-

como yo. ¡Dichoso Eduardo, si el cielo le ilumina en un momento en que todavía le puede presentar una floreciente juventud, y con ella sacrificios mas meritorios! ¡Dichoso tú, que te vas á ofrecer en tus frescos y aun floridos años, y puedes presentarle un incienso mas puro y agradable, y expiaciones mas dignas de su culto! ¡Desdichado de mí que no le puedo presentar mas que una vida mas larga, consumada en delitos, satisfacciones estériles y ofensas casi necesarias!

Anda, amigo mio, que los ángeles te acompañen, y te lleven á ver á los hombres que en la tierra les son mas parecidos. Tú verás lo que nunca has visto; oirás lo que nunca has oido. Anda y reconciliate con nuestro Dios, con ese Dios que te conduce allí para perdonarte tus pecados, para unirse contigo en lazo indisoluble, y asociarte al número de los felices. Teodoro, tú vas á abrirte las puertas de la eternidad, y prepararte en ella una mansion eterna y bienaventurada.

No te apresures pues, ni señales término á los dias de tu retiro. Entrégate á la conducta del pastor que vas á buscar: déjale arreglar el tiempo, el modo y todo lo demas. Haz como yo, que me puse en sus manos, y me he hallado bien. Es verdad que tú no necesitas de tanto; á mí fué menester persuadirme las verdades de la Religion y enseñarme hasta los elementos. Tú, á Dios gracias, ya vas penetrado de lo que á mí me costó tanto aprender;

lo único que te queda que hacer, es confesar tus errores y pedir el perdón.

Que ese Dios que murió por nosotros te lo conceda; que su Espíritu Divino te aplique sus merecimientos, y que purificándote con su sangre, te haga objeto digno de su vista. Pero cuando hayas cumplido tus santos ejercicios; cuando hayas cumplido con todo lo que exige tan importante acción, vuela á mis brazos, para que yo estreche con ellos contra mi corazón á Teodoro ya amigo de Dios, á Teodoro que va á unirse conmigo con los vínculos de una nueva y mas sólida amistad, para que le adoremos y sirvamos hasta el venturoso día en que también unidos le gocemos. A Dios, amigo mio.

CARTA XXXVI.

MARIANO A ANTONIO.

QUERIDO Antonio: ¡qué agradable sorpresa me ha causado tu no esperada carta! Después de cinco años de ausencia; después de una separación tan larga, y cuando ménos esperaba tus noticias, me hallo con la tuya en que me avisas tu feliz ar-

ribo, y me añades la satisfacción de saber que has desempeñado tus encargos á gusto del gobierno. Esto no lo dudaba yo, porque el que con temor de Dios no aparta los ojos de su divina ley, acierta en todo.

Pero no siempre se obtiene en la tierra la aprobación y el fruto de las buenas intenciones, y miro como nuevo beneficio del cielo que las tuyas hayan logrado la aceptación y los premios que me dices. Como quiera, ya has pagado tu tributo á la patria, y es tiempo de que pienses en pasar con tranquilidad tus últimos días. Esto se entiende, si te dejan; pues sabes que si el gobierno necesita tus servicios, esta es la primera deuda de un buen ciudadano.

Mucha satisfacción hubiera sido para mí, que el navío que te condujo, hubiese arribado al mismo puerto de que saliste; pues entonces te hubiera visto y abrazado al paso, y nos hubiéramos instruido mutuamente en los sucesos que han ocurrido durante tu ausencia. Te agradezco la relación que me haces; pero, amigo, hay mucha diferencia entre contar ó escribir las cosas. Una carta es un testigo frío que refiere sin interés, que describe sin fisonomía; y el discurso con el gesto del semblante y las inflexiones de la voz anima cuanto dice. Este es el inconveniente en que voy á caer. Tú quieres que yo te refiera mi historia; que te cuente lo que hay de nuevo en esta casa; que te diga